

LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:

Aquileo J. Echeverría

Conferencia leída en la Casa España,
San José, Costa Rica. 1935.

· POR ·

MANUEL SEGURA MENDEZ

9630 · IMPRENTA NACIONAL · 1935

LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

AÑO III

San José, C. R., 15 de abril de 1935

Nº 28

Aquileo Echeverría

Conferencia leída en la Casa España,
San José, Costa Rica. 28 mayo 1935.

Señores:

No sé de qué audacia nos hemos armado algunos de los que acudimos a esta sala, al llamado generoso y deferente de don Lorenzo Vives, a perorar frente a un público ya acostumbrado a la palabra fina, a la frase galana, a la oración conceptuosa con que han sabido deleitarlo otros de condiciones más benignas que las nuestras.

Sólo me anima a presentarme ante vosotros ese afán que a veces se nos mete dentro del espíritu y no nos deja mientras no conquistemos una altura o no nos hundamos en el más cruel desengaño, en lo más cruel quizá de nuestra vida por lo que de ella ponemos en su concepción; ese afán que en otros fácilmente prospera para solaz propio y ajeno y que, en mí, no con igual suerte, tomó incremento desde el segundo en que galantemente se me ofreció esta plataforma y decidí en lo íntimo disertar acerca de la obra de Aquileo J. Echeverría.

A modo de advertencia, quiero deciros previamente que no vengo a hacerlo, y lo anticipo para quienes supongan que estoy bien alimentado de datos exóticos o novelescos, que

no vengo a hacerlo con base en estudios practicados de ex-profeso y con antelación, ni con ánimos de lucir parangones científicos o literarios con tal o cual poeta, con tal o cual estilo o con tal o cual tiempo. Traigo algo simple, una impresión no más si se quiere, que merecerá apenas agregarse a las tantas cosas que se han dicho y se dirán aún del cantor nacional. Sólo busco, pues, que me acompañéis a recrearnos en torno de su libro, porque en sus hojas encontraremos renglones que gustar, páginas que sentir, momentos de qué disfrutar con la emoción propia de quien asiese entre las manos un instante precioso de la vida. Los romances de Echeverría tienen eso: nos hacen sentir una realidad risueña o una impresión sentimental.

Si alguien me preguntara por las razones que tuve para decidirme por la obra de Aquileo, contestaría en seguida, sin menoscabo de los muchos motivos que no escaparán al auditorio: que porque deseo hablar del autor, del poeta eminentemente nacional, esencialmente nacional. No tenemos otro y se consumirán muchos años en el tiempo sin que nazca otro. Estos hombres singulares vienen a la patria en donde nacen, como los mesías al mundo, de época en época. Expliquémonos mejor. En nuestra galería poética, Garita, Viquez, Alfaro, Cardona, Chavarría, Marchena, son nombres, junto a otros, tomándoles como les tomo, sin ponerles por orden de estatura, que honran a la patria, por la recidumbre unos de sus temas, por la exquisitez otros de la forma o por ambas cosas a la vez los menos; pero a cualquiera de ellos podríais vosotros colocarle en escenario distinto al nuestro y su obra en nada sufriría mengua, ni en cuanto a su configuración ni en cuanto a su quilataje intrínseco. Por el contrario: su gloria tendería más bien a ampliarse, como la fragancia cuando se abre el bote que la encierra. *El río de la vida, Amor divino, Anhelos hondos,*

La torcaz, El cofre mágico, Vuelo supremo, pongamos por caso, vienen a ser composiciones, de acuerdo con lo que dejamos dicho, de carácter, si no universal, continental, y aun pueden sufrir la tortura de la traducción sin que disminuya la belleza de la dádiva poética. Echeverría, en cambio, no: *Cuatro filazos, La firma, Boda campestre*, jamás podrán tener otra acogida, más allá de nuestras fronteras, que la que merecieron por la fama que en torno suyo han ido acumulando entre nosotros y la que le otorgan los gramáticos.

Son romances exclusivamente nuestros. Tan nuestros como el poró y la uruca, como el tamborito y el guipipía, como el mar de Puntarenas y los crepúsculos de Alajuela. Ninguna poesía de este insigne costarricense luciría en marco extranjero. Me atrevería a decir que ni aun aquellas cuyo motivo y desarrollo son de orden menos constreñido. El lector foráneo no podrá nunca saborearlas como a vino generoso, por la ignorancia irremediable de quien no posee ni puede catar el sentido patrio de ese acervo de belleza pura. Apenas las comprendería. Fulgurarían para él como el lucero que se columbra entre el ramaje y sólo deja adivinar su esplendor nítido. Luna, digamos, cuyos tres cuartos se sumen, a pesar de su luz, en sombra inviolable.

Algo que sorprende en Echeverría, que maravilla en verdad, es el hecho de que no haya recargado sus versos, ni cosa parecida, con *costarriqueñismos*. Puede él ufanarse de sobra con la limpidez resplandeciente en su literatura, tocante a ese particular. Sin abusar del regionalismo, sin echar mano a vocablos del pópulo, Aquileo nos da obra nacional. ¿Qué ocurre, entonces?... Nada en absoluto: lo esencial en ellos es el espíritu. El verdadero poeta nunca se vale de trucos para deleitar; brinda esencia, pureza, vida. Agua de manantial fluye por sus estrofas.

Existen, creo yo, dos maneras de alcanzar el triunfo para el hombre; y son, a saber: la que consiste en ostentar

deliciosos y ricos atavíos y la que estriba en la presentación simple del objeto... Mujeres hay que seducen por sus afeites y por sus abalorios; hombres que rinden por su terno y por sus alhajas; literatos que embargan el ánimo merced a la retórica de que hacen gala y el cielo mismo a veces encanta con la complicación de sus celajes o con el contorno elástico de las nubes. Pero una mujer dulce, pero un hombre íntegro, pero un escritor sencillo, pero un cielo diáfano, ¿no llevan ya en sí esa grandeza que parece venir desde Dios, y adentrárenos en el espíritu, en efluvio divino? Por eso en lo otro, en aquello en que reluce el artificio, tal vez sólo admiremos la habilidad del autor que, sea lo que fuere, no habrá de seducirnos como el arte en que palpita ese no sé qué que a instantes parece eterno. Demos un paso hacia adelante, aquí o allá, y veremos al genio o al fatuo. En efecto, cuando el hombre se sitúa en grado prominente, desnudo de similar y alarde, está a punto de alcanzar la inmortalidad con las manos; mas, cuando trata de ofuscarnos con decoraciones complicadas y tapicerías multicolores, vacila entre la extravagancia y la ridiculez. Aquileo J. Echeverría, por lo sencillo de sus versos, por su vocabulario exento de regionalismos, por el ningún apuro en enseñarse como conocedor magno de la lengua campesina, se halla en el plano en que se colocan siempre los más altos valores patrios nuestros.

Nunca fué para mí dechado en mis inquietudes literarias ni autor para solazar mis horas, quien prefirió henchir sus libros de palabras lugareñas, haciendo necesaria al fin del tomo la tabla de equivalencias idiomáticas, (¡y que me perdone Salarrué, allá en la tierra cuzcatleca, porque en verdad le admiro por lo mucho que vale este mago de la literatura salvadoreña!). Busqué siempre y siempre me sedujo la oración completa, la expresión precisa, el empleo

exacto del término, sin llegar al preciosismo ni al amaneramiento ni a la impertinencia. Lenguaje sano y flexible, lenguaje elaborado exclusivamente en el tiempo; tal lo que he buscado y lo que, en cierto modo, me seduce en el poeta de mi disertación.

La lengua castellana, como síntesis de pasados gloriosos, de luchas de suyo ancestrales, de luengas y prometedoras inquietudes, y por todo lo que nos suministra para expresarnos en una de las más brillantes formas de que pueden hacer ostentación los hombres, y por lo que tienen de fuerte y de dulce, de recia y de suave, de brillante y de moduladora en su léxico, a pesar, o más bien gracias al pulimento de sus pocos siglos, la lengua castellana digna se hace de que la conservemos, ya no digo intacta, pero sí libre de patriotismos. A más de afearla, tórnanla éstos incomprendible para las naciones que no son su crisol; atibórranla de términos innecesarios y, en vez de defendernos contra la propensión al dialecto, nos meten de lleno en idiomas sin magnitud y en cambio presuntuosos e incoherentes entre sí. Digna es de que la mantengamos ajena a innovaciones, siempre inútiles; lejos de tanta pedantería criolla de que revisten sus aptitudes muchos hombres de letras de la América Española; distante de la absurda tendencia a hacerse creer unos a otros que los regionalismos de cada quien son los más bellos de la tierra, aun cuando menoscaben el sentido de una que habría sido hermosa página literaria. Que venga en buena hora el término que ha de adherirse a la lengua como vocablo suyo, que se imponga por su propia fuerza la palabra que ha de tomar carta de naturalización en el diccionario, que se coloque entre las que nos legaron nuestros abuelos la voz que hubo de prevalecer por su espíritu o por su elegancia o por la necesidad que sentíamos de hacerla nuestra como fracción genuina del idioma. Así y no

de otro modo han ido formándose las lenguas. Cerca de doce mil americanismos aparecen ya en los léxicos castellanos y para ello no ha sido menester la hornada de un libro o lo cornucopia de una poesía, amalgamados sabe Dios cómo. El pueblo, mejor artífice y actor que nadie, sabe cuándo ha de fijarse la palabra requerida para determinada idea, la colectividad y no el individuo: la colectividad que dispone de lo concerniente a la colectividad y nó el individuo que sólo puede ordenar lo atañadero a lo suyo meramente personal.

Algo más. La poesía o, mejor, la literatura ha sido y debiera ser siempre medio de unión entre los hombres. La Grecia de los primeros tiempos, más que por los lazos religiosos, más que por los eslabones de su común oriundez, más que por la necesidad de defenderse contra la codicia asiática, parece estar ligada entre sí y a los demás pueblos contemporáneos, por el hilo de oro de los poemas de Homero. No se concibe la Grecia sin Homero, a quien dondequiera se le halla o se le siente como un hálito. Saltemos a nuestra edad y veremos que hoy mismo existe alguna comunidad entre los conglomerados hispanoamericanos, no gracias por cierto a actividades de orden político, religioso, comercial o siquiera periodístico: obra exclusiva resulta de esos mágicos seres, cuyos nombres pronuncian todos los labios y aplauden todas las manos: Andrés Bello, Enrique González Martínez, Guillermo Valencia, Jacinto Benavente, José Enrique Rodo, José Santos Chocano, Juana de Ibarborou, Ricardo Palma, Rubén Darío, Sor Juana Inés, Teresa de la Parra... Yérguese como jalones a lo largo de los distintos terrenos; digámoslo con figura más noble: fulgen tal cual estrellas orientadoras en cada cielo de España y América.

Cuando se llega a conclusión parecida y admiramos arriba esos luceros del arte, nos sobrecoge hondo temor al sólo

pensar en que, por este o aquel motivo, ocurran alejamientos y las naciones, tras haber ido lentamente acercándose y consolidando ese acercamiento al paso de los siglos, terminen por aislarse en su propia soberbia y por entrar en sombras imaginables no más en el medievo. Mas, ¿podría ocurrir suceso semejante? No lo creáis tan difícil. El comercio y la política aproximan y estrechan con aceleramiento insospechable a los pueblos de cualquier continente y de cualquier época; empero, el comercio y la política, engendrados de competencias y odios en razón de sus fines, también los desunen y con peor rapidez, y con peor fuerza, y con peor éxito. Lo dice hoy Europa. Sin embargo, si a ello añadierais la separación intelectual y el desentendimiento de sus espíritus, podríais entonces decir que todo se halla consumado. En cambio, mientras se estimulen corrientes en contrario, en tanto haya homeridas declamadores de las dulces o persuasivas o exaltadoras frases de sus predilectos que recorran como antaño las naciones, siempre que el himno o el cuento no sea fruto que sólo saboreén los íncolas engréidos de un mismo sector, demos por seguro que la raza está a salvo y en constante palpar el acercamiento de los hombres. Debemos combatir, pues, en la medida de nuestras posibilidades, ese factor tremendo que acentúa día con día la desorganización étnica de que os hablo y que han dado en llamar unos y otros *idioma nacional*, siendo, como es, la exaltación del regionalismo bajo el palio sujeto por los augustos patrioteros, ¡la exaltación, ¿por qué no decirlo así?, la exaltación de la lengua del arroyo! Venga cuando quiera venir cualquier cambio que la naturaleza del lenguaje exija, en relación con las necesidades y las circunstancias del tiempo, alterador y destructor de las cosas. Si la primera palabra fué una guturación salvaje y esa palabra aún persiste en nuestro léxico, sin que nos sea ya dado percibirla; si,

igualmente, piérdense en el vocabulario, no por muertos sino porque se han diluído, el término asiático, el vocablo europeo, el adjetivo heleno, el verbo romano, la exclamación fenicia, el adverbio que viene dibujándose desde la Ur de los caldeos; si los futuros pueblos han de emitir como suyos nombres derivados de los actuales, que ello haya sido y sea consecuencia de la evolución natural del hombre y no por atiborramiento inconsulto del chovinista.

Querriamos extendernos más sobre este tópicó; pero hemos de regresar al tema propio de la disertación, y ahora para evidenciar que el mérito de Aquileo es tanto más grande cuanto más es la carencia en su poesía de neologismos, barbarismos e idiotismos, comunes en Costa Rica como en cualquier otro país de la tierra.

En los romances que integran sus *CONCHERÍAS* he subrayado, así, el acaso, cerca de ciento treinta términos catalogables como costarriqueñismos. Entre ellos tenemos, por ejemplo: *agora, asina, botija, cuja, dundo, jelado, fosca, jumarse o ajumarse, muncho, muñiga, onde, pantoasma, trompesadora, vidro* y más. Son, no obstante, arcaísmos netos, es decir: nada de novedad o de artificio, nada de abalorio o similar, sino rezagos valiosos de la lengua de Castilla, traída al continente en las carabelas del descubridor. Encontramos asimismo otras que, de pronto, nos sorprenden, quizás por las raras veces que nos detenemos a considerarlas o por el valor más o menos alterado que les ponemos: *apercollar, atipar, atollamos, baldar, botijuela, burras, chamusquina, juanilama, matrera, mecha, melado, pachorrudo, pandiarse, sandunga, sacho, tirria*, etcétera, palabras de nuestra lengua, con algunas variantes no desfigurativas por cierto, sino, cuando ocurre, para dar distinto realce a la idea inclusa. Lo vemos con *atollar*, término que significa, diccionario en mano, dar en un atolladero, atascarse, y que ha devenido, en

forma natural, así lo estimo, a significar entre nosotros untarse de lodo, de grasa, de cualquier otra materia parecida.

Nos quedan otras como *auto* por acto, *berbo* y *gracia* por verbigracia, *besiversa* por viceversa, *dautor* por doctor, *descasos* por escasos, *doses* por doce, *flotar* por frotar, *fósferos* por fósforos, *julminante* por fulminante, *lasena* por alasena, *manijar* por manejar, *nétar* por néctar, víctimas como todas de las leyes fonéticas y los cambios semánticos de que no escapa ningún idioma.

Nos hallamos todavía en el reino de la lengua española, en la revisión intentada por nosotros. Navegamos hacia afuera con viento fresco. Nos sorprende de pronto alguna roca, alguna vegetación extraña, alguna fosforescencia imprevista. Como visteis, ninguna novedad. Fenómenos corrientes; eso sí, un paso más y todo será sombra. Nada confunde más que una palabra cuyo origen se oculta en el caos. Desconcierta. Tan deleznable es su etimología, que se deshace en las manos del docto. En el romancero de Echeverría léense los siguientes términos, de los cuales desconozco la razón etimológica: *canchao*, sombrero canchao, puesto hasta las orejas, expresión que Gagini supone originaria del verbo *to clench*, asegurar, sujetar; *chonete*, sombrero viejo, voz respecto de la cual el mismo autor, recordando que es también nombre de una flor de Nicaragua, con figura de sombrero, pregunta cuál le da el nombre a cuál; *chuica*, trapo, tela inservible, guñapo, común su empleo en nuestras clases sociales: *desusidia*, cuyo significado parece ser el de desasosiego, en razón del siguiente verso del autor: *la perra seguía ladrando, y en la misma desusidia*; *mejenga*, borrachera, mona, papalina, una de las tantas formas que nos sirven para determinar la embriaguez; *vaina*, con el significado de disgusto o inconveniente, común no sólo entre los campesinos sino también entre la gente de las ciudades térmi-

no éste, como me lo hace ver muy bien un buen amigo, de sentido figurado, en que se alude a la vaina del cuchillo.

Tenemos también otras palabras como *cuecha*, del azteca; *cuijen*, color, de la misma lengua indígena; *chisa*, ardilla, voz onomatopéyica; *guarumo*, que se tiene por de origen árabe; *pelona*, con que, refiriéndose a la calavera, se hace alusión a la muerte.

Esto es cuanto, al remover por encima la literatura del autor, sin presunciones de filológicas ni de estudios parecidos, recogemos como exótico en los romances que a nuestro juicio constituyen su verdadera obra. Ningún exceso de palabras nuevas, ningún abuso de nombres raros. Su mérito se funda en lo contrario. Pudo muy bien él embutirlos de voces deslumbradoras y haber cosechado los laureles con que el vulgo premia las glorias temporales; pero el tiempo, mensurador inexorable de los actos de los hombres, habría ido corriéndole más tarde hacia el plano inferior de sus merecimientos y hoy figuraría en el índice antológico sin otro comentario que el de la fecha de su nacimiento y el día de su muerte. Poeta verdadero, supo elegir, y sólo los elegidos lo hacen, el punto en que iba a apoderarse de nuestras almas. El disfraz era lo de menos; bastábale con el espíritu para entrar de lleno en el campo legítimo de la gloria. Fué cauto, fué sincero, fué oportuno.

De lo que dejamos dicho, nadie querrá deducir que el campesino de Costa Rica hable castellano más o menos perfecto, en lo que toca al léxico. No lo emplea siquiera el tipo medianamente culto del país, ni el más culto. Son incontables nuestros barbarismos y nuestros regionalismos. No nos sería difícil reunir aquí doscientos, de uso perenne entre nosotros y desconocidos en otros países. Revolotean junto al surco y saltan en la oficina más luciente. Haber hecho caso omiso de ese cúmulo de términos, he ahí el mérito de Aquileo; y no haber querido prescindir de armas

tan propensas a la herrumbre, hé ahí el motivo del fracaso de quienes le han seguido en el género maravillosamente suyo. Creyeron estos últimos que rellenando sus estrofas con palabras como *ju'e mi alma, chirote, nació, quéisque...*, muchas veces creación del propio autor, había poesía como aquella, y se alejaron del sendero que conduce al pináculo glorioso. Creyeron asirse de la mano del más genuino de los poetas costarricenses y no hicieron sino acogerse a su sombra; la sombra se desvaneció al pasar él a la inmortalidad y ellos quedaron en trance de abandono.

El poeta, dije, no se vale de trucos. Cuando los practica no es más que por alarde de ingenio. En su acción intervienen únicamente dos factores: el espíritu, que recoge el motivo que lo inspira; y la poesía, que lo transforma en verso. Ninguna complicación; ningún artificio: sencillez diáfana. Esquilo y Shakespeare de pronto nos deslumbran con sus tragedias, en donde las pasiones se vuelcan con estrépito sobre los pisos ensangrentados. Acercaos sin temor y descubriréis que todo el aparato y todo el ruido son aparentes: encontraréis, no más, almas desnudas que luchan por la vida. Los poetas no pasaron de engastarlas, realizándolas.

Espíritu y poesía. El secreto no es distinto en Aquileo. Pasemos a confirmarlo. La noche, todavía celajosa en el fondo, diluye los contornos y esfuma la carretera. En la verruga de la montaña parpadean las luces de los pueblecillos. Camino adentro, resquebrájase el trenquear de unas carretas. Pronto hacen alto bajo una fronda, se oye el desenyugar de los bueyes, a poco una hoguera que crepita; y jóvenes y viejos sitúanse en círculo, las espaldas abrigadas con cobijas rojas, dispuestos a beber y a comer y a decir la cuchufleta, el chisme, la historia.... Paisaje y hora en las cercanías de Esparta o en las del Cacao. ¿Creeríais que

el poeta, poseído de la musa, tomaría el lente o el compás del ingeniero para aumentar y trasportar dibujo y frases? Error craso. Si se baila en la bulliciosa sala, contiguo al aposento en que se vela al niño; si han de caminar por el sendero dos hombres dirimientes de pendencias amorosas; si celebran el matrimonio de la más bella del pueblo; si se entra en la taberna, en donde la vagabundería y el vicio distraen sus tendencias e incuban sus planes, el pintor salta y maravilla con la línea y los matices. Si encontráis algo al parecer desmesurado, no atribuyáis la falta al poeta; estaba así en la naturaleza que le ofreció el cuadro. No nos es posible señalarle una complicación o un desvío en el dibujo o en los tonos.

En una sala espaciosa
cinco *burras* patituertas
sostienen algunas tablas
tapadas con *manta* nueva.
En taburetes de cuero
se sienta la gente seria;
para el pópulo hay escaños
adornados con tachuelas.
En un camarín de lata,
que escoltan dos azucenas,
un perro de porcelana
y ocho cabos de candela,
sus amantes brazos abre
sobre una cruz de madera,
Cristo el hijo de María,
el Salvador de la tierra;
y penden de las paredes
tres cromos que representan
a la Virgen del Socorro,
San Ramón y Santa Berta.

Además hay unas jaulas
en que cantan la tristeza
de su libertad perdida,
cuatro *monjitas* cerreras.

Virtud admirable en el poeta la de no ser meramente sentimental o romántico, sino también forjador de escenas y confeccionador de decorados. La vida no se muestra sólo en lo que se dice, en la risa o en el llanto: flamea en el muro, en el camino, en el árbol, en el traje; y a veces basta con erigir las cuatro paredes de una sala para que el drama se abra como una corola sofocante.

Aun cuando podría presentaros más de veinte trozos como el que acabo de leeros, no sería ello para creer que el autor se ha circunscrito a dibujar. El caso resultaría fácil para otros y el mérito suyo estallarí­a como pompa de jabón. El poeta, precisamente, se halla en todo. Dios le participa de su ubicuidad. No es otro su enigma. Entre­mos de lleno en la obra de Aquileo, sin prescindir de lo que él querría aportar como credencial de su labor eminente, y nos sorprenderá en seguida el fulgor de su estro en cada infolio, en cada estrofa, en cada línea, como en esos mares en que cabrilla la luz dondequiera se le mire. No parece sino que hubo de ser necesario que prevaleciese su personalidad en distintos aspectos y formas, quién sabe en busca de qué armonías incognoscibles del universo y en cumplimiento de no sabemos cuáles leyes supremas. Abramos su libro al acaso y catemos, ¿no es ello catar?, la siguiente décima:

La he visto dormida,
dormida y más blanca
que los castos lirios
con que la adornaran;

cerrados los ojos,
las manos cruzadas.

En la boca fresca
que la muerte helara,
quedó su sonrisa
como aprisionada.

Luego esta lamentación:

—Hay que tener pacencia,
tal bes Dios lo yamara.
¡Era tan bueno el probe...!

—Requetebueno, Inasia,
pero a mí, ¿quién me quita
que me haga tanta falta?

Tengo como congoja,
tengo como unas ganas
como de no meniame
y estar acurrucada,
sin que nadie me biera,
sin que nadie me hablara,
íngtima en este cuarto,
íngtima en esta casa,
así como los muertos,
así como enterrada.

Cuando se viene a la tierra poseído ya, digámoslo así, de la musa insigne; cuando se trae en la frente el sagrado destino del laurel, la expresión del hombre, pese a lo áspero de la vida y a las inconsecuencias de sus semejantes, será siempre musical, con esa música que nos infunde la creencia de que comienza y tiene fin dentro del infinito, participando así de lo inconmensurable del tiempo y de lo ilímite

del espacio. Ni las circunstancias ni las gentes, ni el vicio ni las horas que resuman crueldades sin cuenta para los predilectos de la diosa, ni los propios disturbios económicos, nada, nada logra abatir su destino excelso. De no haber escrito sus *Concherías*, Aquileo habría trabajado en terrenos distintos y su literatura habría posiblemente florecido con la brillantez de las estrofas que acabáis de escuchar. Las estrofas bien podrían ser de Nervo o de Medina. Empero, estaba escrito que debería triunfar en el género emulado después, aunque con desventaja.

Pasemos a otro aspecto, distinto sí, mas de valor similar en el poeta. Su humor, su optimismo, la gracia de que continuamente satura sus versos... Antes de continuar, eso sí, coloquémonos en plano que nos permita considerar, de afuera hacia adentro, el nuevo punto de vista de nuestro estudio. Recuerdo todavía cómo de muy jóvenes nos entreteníamos en pasar y repasar estampas de una historia antigua y cómo nos llamaba poderosamente la atención el dibujo anguloso de las figuras egipcias. Representaban de seguro gente igual a la del resto del mundo; pero siempre me dió por preguntarme qué habríamos hecho si, a cambio del más alto tesoro, nos hubiesen prometido una vida en la que debíamos actuar con la tensión en los miembros,—y quien dice miembros dice espíritu—, que parece haber regido la estatuaria del imperio faraónico: habría sido el vivir, de reyes o de esclavos, conforme al patrón de un régimen geométrico como aquél, de que tan buena cuenta rinden las pirámides, rígidas hasta dar la impresión de que las entregaron momificadas como sus reyes a la posteridad; habría sido el avanzar en la lucha cotidiana como soldados de plomo, y, a fuer de lo que tendría ello de falta de ánimo y de ausencia de adorno espiritual, el accionar como marionetas, impelidos por voluntad extraña. Llevar, en una palabra, alma monocorde, si no del todo silenciosa. La vida,

luego, a lo largo de nuestra madurez, ha ido cristalizando cierto temores en ostensibles realidades. Hemos visto en torno nuestro figuras que caminan como rectas quebradas, no hablando sino lo necesario para reclamar sus necesidades habituales; hemos columbrado gentes que cruzan por las avenidas del mundo, oprimidas por no sabemos qué triangulación de duda, de ambición y de fracaso; hemos sentido cerca de nosotros, en maremagno de geometrías calidoscópicas, seres que nacen, viven y mueren sin un gesto, sin una malicia, ayunos de esperanza, hartos de indiferencia; y cada cual, en mayor o menor grado, presentando la línea contrahecha del hombre fatalmente temeroso de que, a cambio del minuto de gozo íntimo, le sobrevenga la compensación dura, a veces cruel, con que la vida va burlando a unos y otros. Como en el espacio que cruzan astros, pájaros y vehículos aéreos, en nuestro espíritu que invaden ideas, pensamientos y emociones, preséntanse a menudo vacíos, tréchos interminables de mutismo. De ahí que a ratos nos parezca que la humanidad, entregada a esos desequilibrios, camina y se muestra de escorzo, tal cual aparecen los cuerpos en las viñetas del Libro de los Muertos. Sin creer por eso que pecamos de pesimistas, sino con base en lo que presenciemos día a día, hemos llegado a la conclusión de que vivimos precisamente de la manera que nos atemorizaba en nuestra iniciación histórica, frente a las láminas del Seignobos.

Y hemos concluído a la vez por determinar que tres factores han salvado a la humanidad de extinguirse o al menos de sufrir mengua en su primordial designio: el hondo pavor a la nada; la renovación constante de los seres que la integran; y el advenimiento periódico de espíritus que, como el Nilo, la nutren de savias vivificadoras. Lo primero lleva a reaccionar contra cualquier decadencia y a rehuir

todo intento de desasimilación; lo otro repone sin pérdida de tiempo las fuerzas agotadas de los seres envejecidos; lo último logra reavivar en el espíritu la llama sacra que nos une a lo sublime incógnito, inclinándonos al bien, guiándonos en la lucha o elevándonos por medio de la expresión artística, con el apóstol, con el político o con el poeta.

Aquileo J. Echeverría perteneció a los últimos. Alentábale el sino del pájaro que canta y cantó a pesar del aquilón. Su estro subyuga. Nunca se le ve apesadumbrado, sonríe siempre; jamás nos compromete con situaciones difíciles, ni en sus momentos de mayor angustia. Los versos elegíacos de *Diálogo* conmueven y nos impregnan a la vez de la sonrisa que asoma en ellos, antes de que nos rindamos a la fuerza del motivo.

El movimiento en sus estrofas, con relación a su manera de dialogar, es activo, perenne, asombroso: tras la ironía, el chiste; después de la frase sentimental, la exclamación simpática; en seguida de la escena fuerte, el desenlace agudo.

Fué optimista siempre, optimista por excelencia. Colíjese así de cualquier expresión artística suya. Hizo de su vida venero de alegría, a pesar de inquietudes y contrariedades. Quienes le conocieron de cerca nos dicen que aquí y allá provocaba entusiasmo y encantaba como un Orfeo ciudadano. Llegó hasta el humorismo y ese humorismo le hizo distinguirse y le elevó sobre el nivel natural de la literatura patria, a la cual enriqueció sobradamente con el estilo novedoso de sus poesías.

La suerte, que con frecuencia traiciona al hombre de bien, improvisábale quebrantos y sinsabores insospechados: *(cuando estoy más descuidado/con el repaso de cuentas...; —que el tuerce, más que mi amigo,/ha sido siempre mi hermano; —¿Por qué implacable la voluble suerte/que ayer*

nos festejaba hoy nos olvida?); pero, en cada caso, en cada cambio de decorados, emitía la frase picaresca, tejía la ocurrencia burlona, ejecutaba la amable filosofía que fueron haciendo del autor, hombre único, celebrado, atrayente, hasta llenar por sí mismo la época que duró su vida y lo que hasta ahora va desde su muerte. Sus producciones literarias colman ya más de un cuarto de siglo. Apenas logra escaparse de su estrujamiento una que otra ajena, cuyo mérito la salva. Resulta difícil todavía echar mano a autor distinto, cuando se busca cosa para leer o dramatizar en lo vernáculo nuestro. Triunfó, pues, como hombre y como poeta; y como riera e hiciera reír sin recurrir a la contracción ni al dicharacho, triunfó también por su ingenio, doré este de pocos hombres y de pocos literatos.

No he querido darme a la tarea de recoger datos acerca de la vida privada o pública de Echeverría. No tuve nunca la intención de confeccionar su biografía, por falta de tiempo, de disposición para labor de esa índole y de facundia para presentarla como le merece. Más me he inclinado a verle a través de su propia obra, a conjeturarle por sus versos, a sentirle en sus romances. En cada acción humana queda siempre una huella, delatora del sér que la concibe. En cada cosa dejamos un poco de nosotros. Podría decirse que nos desgastamos a cada instante y que a cada instante cuanto nos rodea, cuanto expresamos, aun lo que callamos, se matiza con la limalla que se desprende de nuestra consistencia en la oxidación perenne de la vida. El escritor vigoroso, el sentimental, el chariatán, el indeciso, unos y otros dejan en sus letras la coloración necesaria para reconstruir más tarde su biografía de valor alto o mediocre. Como es de robusta la planta, así es de honda la huella que va imprimiendo en el camino del mundo. Ley de que nadie escapa, bien recubra sus actos con dorados costosos o bien los muestre en su natural sencillez.

También hemos confirmado, por intermedio de esta misma ley, que ningún hombre de casa cuyo umbral da a la gloria,—la cual se conquista como tan hermosamente lo dice Schopenhauer, y no se trae en sí como el honor—, que ningún hombre se libra del dolor de la lucha, propia de la incompatibilidad del medio en que vive y el ideal por que vive. En unos más y en otros menos, siempre advertimos esa franja oscura. La tragedia, un día y otro día, aquí y allá, hinca su garra aniquilante, multiplicando hasta lo incontable sus víctimas; pero si en muchos, en la mayor parte, digamos, sólo significa ello un desgaste sabido de energía muscular, sensorial o emotiva, en otros, a más de eso, envuelve el desgaste, el inmenso desgaste que necesariamente ocurre en quien, al par de sufrir lo inherente a vida, construye belleza para solaz de los otros.

El hombre que crea,—artista, filósofo, científico, artesano, labriego—, al dar vida a una nueva obra ve a su lado, sin poder suprimirlo, sin querer evitarlo, sacrificándolo todo a su concepción, cómo caen en torno suyo, ora afectos, ora medios de subsistencia, ora oportunidades para arrellanarse sobre los resortes de la holgura más grata. En todo creador, o tal vez sea preferible decir en todo artista, cabe sospechar la existencia de un torturado que, más frecuentemente de lo calculable, sólo encuentra miseria de cariños, de recursos, de simpatías, a cambio de la gema que pule y engarza, de la gema que ha de perderse de mano en mano ante las pupilas atónitas, para no reaparecer sino más tarde, radiosa de inmortalidad, cuando el orfebre ya duerme en el lecho definitivo. ¿Será que en el infortunio ha de recogerse el barniz con que se abrillantan poemas y esculturas, pentagramas y matices? ¿Será tal renunciamiento en cierto modo a lo terreno, el filtro a través del cual se rezuman sus concepciones, embelleciéndose? ¿Será por una determina-

ción divina que ha de sufrirse para comprender el sufrimiento ajeno? Existe, entre otras, una razón para creerlo así. Cuando el hombre desconoce la angustia como estado espiritual de todos los días y se ha movido distante del problema económico, médico o intelectual, y ha tenido a mano el mayor alivio para el menor mal, resulta inepto para presentar situaciones de aquella naturaleza en su labor creadora y permanece del lado de los que construyen monigotes. Veamos, si no, lo incongruente en la actitud de quienes no han vivido la pobreza y organizan ferias en beneficio de sus hermanos menesterosos. Siempre me han parecido, aun cuando gozan de la atenuante del noble afán que les alienta, que tratan de ganar indulgencias imaginarias, temerosos de que alguien llegue y cargue con sus talegas de oro. Les falta conocimiento del asunto que acogen. Para pintar la humanidad se necesita tan sólo una lágrima en que humedecer los pinceles, porque la humanidad, como cuadro, es un desfile de inconformes y de insatisfechos.

¿Iba a ser una excepción, Aquileo? No. ¿Iba a colocarse él fuera de las leyes que nos rigen, hablándonos de lo que no conocía? No. ¿Iba a compenetrarse del espíritu de un pueblo, sin tener aptitudes para ello? No. El hombre es, indudablemente, consecuencia directa del medio en que actúa; y el medio van deparándolo las circunstancias y las circunstancias son a su vez, quieras que no, el destino particular de cada persona. Tenemos por delante un destino del que nadie ni nada logrará apartarnos. El libre albedrío, que nos diferencia de las demás especies, nos da oportunidad, como quien dice, no para sentarnos en espera de la buenaventura, sino para henchirnos de conocimiento, con el objeto misericordioso de que comprendamos y sintamos en su amplitud lata el minutos de felicidad que nos confiera el destino o de que mitiguemos hasta anularla, si ello fuere

posible, la hora de angustia que nos sobrevenga en la vida. Un destino del que nada ni nadie logrará desviarnos... El poeta nacional, su destino y su obra representan, en mi sentir, una misma cosa. ¿Cómo haríamos para excluir a uno de otro, sin estropearlos? ¿De qué magia nos valdríamos para aislar la estrella de su fulgor o de su consistencia o de su órbita? El destino era una divinidad temible entre los antiguos, puesto que hasta los mismos dioses estaban sujetos a su dominio.

¿Qué acercó a Aquileo al campesino nacional? La vida. No podríamos sin embargo decir si en virtud de la necesidad o en razón de sus actividades personales. Lo cierto es que la providencia lo puso en constante frecuentación con ese sector del alma costarricense, en que habría de libar miel para devolverla en panales de versos. Cabe preguntar luego, ¿un hombre de negocios, un médico, un ebanista, les habría comprendido en sus sentimientos, en sus problemas espirituales, en sus aspiraciones justas o ingenuas, como lo hiciera aquél? No se ha presentado el caso todavía, a pesar de la afluencia cotidiana a sus heredades de hombres de variada índole. El hacendado considera al jornalero como a sus yuntas, como a sus cañaverales, como a sus barracas; por más corazón que desee poner en su gesto, siempre será éste una orden de quien no puede dejar de ver en aquél al subalterno. Le compadecerá algún día, le aliviará en sus penas; pero nunca le comprenderá en el sentido humano del término, nunca conseguirá entrar en el laberinto de su alma, porque al alma se llega con el alma.

Magón, precursor eminente de nuestra literatura nacional, ha sido inimitable en sus narraciones por haber vivido la vida que en ellas prospera; eso sí, cuando se aparta del medio, brilla su espíritu con luz distinta y enmudece para nos, que quisiéramos escuchar algo más de aquellas horas en que comenzaba nuestra patria a tomar sus perfiles.

El destino no es sólo cuestión de espacio y tiempo; lo es también de espíritu. Se complementan los tres factores en un punto dado y sobreviene el héroe, el artista o el sacerdote.

No ocurrió de otro modo con Aquileo. Conocedor por sí mismo de la inquietud, de la alegría, del esparcimiento, de la pena reprimida, de la ironía fugaz, del in promptu filosófico, alternativas propias de los hombres en particular y de los pueblos en general; colocado asimismo en forma que le hace participar de dos siglos y a la vez de una época de verdadera transición social e intelectual, y muy humano y muy artista, merecía él conocer y conoció de veras a nuestro campesino.

Conviene manifestar aquí, por mera digresión, que nuestro pueblo no disfruta de característica alguna que lo distinga de los demás del mundo. Tengo para mí que, en resumen de resúmenes, todos los pueblos son iguales: alegres, chispeantes, sencillos, tercos, ambiciosos. Lo otro, el detalle, el distinguo, no pasa de ser la resultante del clima, del grado de civilización que los rodea, de su edad etnológica, de su creencia religiosa. Sea lo que fuere, siempre encontramos que unos y otros propenden a libertarse de tutelas, de dinastías opresoras, a superarse a sí mismos, a seguir los procedimientos ajenos para triunfar en sus aspiraciones propias; que bajo la férula de sus gobernantes o de la de los países vencedores, se les oye, en disfrute de su mínima libertad y mientras no den con la manera de afianzarla, no digo que se les oye sino que cantan o preparan armas manumisoras; y que cuando hallan medios de conquistar esa libertad, no los desaprovechan ni los economizan; los manejan a sangre y fuego. Tal vez en esto, en la mayor o menor sujeción padecida, se oculte la razón por la cual se diferencian los conglomerados diversos de la tierra. El mexicano,

por ejemplo, cuyos gobiernos se han sucedido hasta hace poco entre tragedias, sobresale como pueblo de hombres ilustres en las artes y en la lucha; los centroamericanos presentan esas cualidades según sea de intensa su historia política y el costarricense, sin opresiones semejantes, bien sabeis que no es tan artista ni tan bélico como para distinguirse de los demás. Su paz y su actuación de relativa inmovilidad no han podido ser aliciente para que, hurgados por distintos afanes, se conmuevan sus fibras a guisa de cuerdas sonoras o zumben a modo de flechas enardecidas. En consonancia con el medio, desarróllase en nuestros campos, fecundos hasta la exuberancia y luminosos hasta la alucinación, una raza pacífica, socarrona, dicharachera, temerosa y festiva, pendiente del campanario y del surco; una raza en la cual no figuran el pobretón ni el andrajoso y de la que, en veces, con inquietud poco común, se aleja el aventurero a probar suerte en solares extraños; que cuenta entre sus miembros al curandero, cuyas recetas bien parecen vestigios de quién sabe qué desaparecidos Paracelsos; al soldado, a quien, más que el destino de la patria, diríase que se le ha encomendado el de las niñeras novicias; al comerciante lleno de habilidades menudas. . . En todo caso, hombres, hombres como los demás hombres, y como tales con sus problemas humanos: la madre, el hijo, el credo, la propiedad, la instrucción de los suyos.

Veamos, por otra parte, que Echeverría no fué tampoco hombre de grandes pasiones ni de problemas fuertes. Sin medios propios para llevar adelante un programa de esparcimiento y solaz, de naturaleza enfermiza, fácil nos resulta deducir que sus días fueron azarosos, al entrar en pugna con su espíritu bullidor. Una vida, en fin, sin altos relieves, como la de la mayor parte de los mortales. Empero, esa que pudo haber sido mediocridad suya, al unirse, al ponerse en contacto con la de nuestro campesino, tomó de

súbito valor insuperable. Hizo brotar la chispa creadora del poeta latente, como en esas nubes henchidas de electricidad que se desplazan y se convierten en lluvia prometedora, y la luz se hizo.

Un hombre, en fin, sin pretensiones, de corazón suave, espíritu alegre y verso de trama sencilla, y un pueblo sin altos problemas, de escasas inquietudes, manso el corazón, el alma apasible y risueña. Asóciales la vida y se realiza el milagro, el milagro de los romances que descuelan en su obra. Les une por intermedio de esa analogía que junta en determinados momentos a hombres y sociedades y produce pueblos emocionales o heroicos y hombres para el gobierno, el apostolado o la lira.

Ningún esfuerzo se hace si expresamos que sin el optimismo de uno y otro jamás se habría concebido en Costa Rica el diálogo sorprendente, por lo real, que se desarrolla en *La vela de un angelito*; el chispeante como ingenioso de *Trato frustrado*; el hábil y travieso que revolotea en *Al mercado*; y, finalmente, el delicioso, el insuperable, el nunca bien elogiado de este romance amenísimo *Mercando leña*. Ninguno tampoco en manifestar que sin el corazón que en ambos palpita con análogas contracciones, en *Cuatro filazos* no habría soplado el hálito de silencio con que van al campo los contendientes del drama que ahí se consuma, hálito de estoicismo ante el futuro incierto de la aurora venidera; ni habríamos escuchado el ruego que siempre nos hace reír, a pesar del clamor impotente que guarda, en *Instantáneas*:

Tata, por vida suyita,

bamonós...

Bamonós, que ya es muy tarde.

Ninguno tampoco en decir que no habríamos conocido estrofas como las con que remata *Boda campestre*, en que alternan magistralmente situaciones de sabor distinto:

A las cuatro de la tarde
el matrimonio se marcha
caminito de la gloria,
caminito de su casa.
En tanto, junto al fogón
la madre de la muchacha,
al humo que brota denso
arrima la enjuta cara
y las gotas de su llanto
se evaporan en las brasas.

Tampoco ninguno en exteriorizar que, si no hubiesen disfrutado, simultáneamente, de la simpatía en virtud de la cual se alcanzan sin socaliñas las metas, las pequeñas metas, digamos, que a diario nos interpone la suerte, y se rehuyen sin artificio los negocios de poca monta, nunca habría sido deleite para nós la lectura de una *Boda campestre* o *La firmita*, suficientes para escalar la cumbre de tántos apetecida.

El libro de Aquileo hállase poblado de pasajes en que se percibe su propia alma. *La visita del compadre* es revelación risueña de sus estrechese económicas, de las cuales hizo gala y mofa, al decir de sus apologistas. En *Modelo epistolar* y en *La Serenata* esplende como llama chisporroteante y nerviosa el ingenio que, al decir también de aquéllos, jamás le abandonó: ni en los trances más difíciles ni en las más crueles angustias.

Fué sincero en su obra. He ahí la razón de la gloria que le nimba. Amó, rió, sufrió, cantó, con el amor, con la

risa, con el sufrimiento, con el canto de su pueblo. No tuvo, a la manera del comediante, una careta para reír, otra para amar, otra para sufrir, otra para decir sus canciones. Fué uno consigo mismo y uno con el pueblo. Algunos le censuran el lenguaje desenvuelto que encuentran en las páginas de su romancero. Estos, no lo dudéis, mutilarían estatuas. No es el nuestro, quién va a ignorarlo, pueblo de apocados y austeros; es aglomeración, como en toda latitud, de idiosincrasias diversas hasta lo infinito.

Precisamente, en esa multiplicidad de faces que nos ofrece Aquileo, descansa el motivo de su acierto. Si hubiese dado igual estatura a los protagonistas de sus cuadros, a la madre, a la novia, a la viuda, al cura, al alcalde, al político, al leñero, al soldado, y un mismo diseño a las escenas, su nombre no pasaría hoy de ser mero recuerdo de familia; si se hubiese desentendido de la sintaxis figurada del pueblo, tan deliciosa siempre en aldeas y caseríos, por acogerse a una recta y juiciosa, convirtiendo a sus muñecos en diplomáticos y canónigos, hoy contaríamos con un valor de menos en la antología costarricense.

No escucharíamos hoy, aquí y allá, en hombres y mujeres, de modo notoriamente proverbial, aprisionadas en marco de oro, las frases de sabor vario que, como partículas del alma popular, chispean en las estrofas del poeta:

¿Qué hay de desamen y baja?

¡Bos lo que tenés es pasmo!

*De jierro pa consumise
y pa prendese de yesca.*

*¡Música, mestros, y arréle
que ya encontré compañera!*

*Estoy a mares, ña Juana,
si salgo al aire me tuerzo.*

*Ningún cristiano está safo
de cualisquier contingencia.*

*Dispense, no se la doy
porque la tengo mojada.*

*A mí pídamen la vida,
pero la firma... ¡Mirála!*

*Del mestro que ya me tiene
como disen, hasta el cacho.*

*Ya usted le conoce el genio,
cuando se raja es deberas.*

¿En qué proporción, me pregunto ahora, deben atribuirse esas expresiones? ¿Son ocurrencias propias del autor o en realidad frases del pueblo?

*Estoy a mares, ña Juana,
si salgo al aire me tuerzo.*

¿No es, por ventura, la campesina solterona, a quien se oye, enrojecida por las llamas de los tinamastes, sobre los cuales comienza a hervir la olla de la verdura; la campesina buena para todo, para que barra, para que sirva la comida, para que amarre el caballo, para que traiga la leña desde el fondo del patio...? ¿No es, acaso, el poeta, a quien se escucha, al recoger en dos versos, con sagacidad pasmosa, la protesta, la excusa, la defensa débil de la pobre concha que no descansa de andar de un lado a otro el día

completo? ¿No será, más bien, la conjunción de dos espíritus, el del pueblo y el del lírico, lucida como piedra preciosa en el engaste impoluto de dos octosílabos?

Bien puede asegurarse, sin temor de errar, que en tales giros de la lengua campesina nuestra hállase latente el por qué del triunfo de una obra que, careciendo relativamente de términos regionales, muestre y mantenga, hasta lo inconfundible, su espíritu nacional puro, costarricense.

Diría yo, ahora, si no fuese por la aprensión de incurrir en patrioterías como las de que antes me duelo, que el,—permitidme así expresarlo,—regionalismo sintáctico o concordancia regional o expresión *sui-géneris* del pueblo, tan galanamente trasladado a su literatura, viene a constituir en realidad la causa del matiz patrio que ostentosamente luce. Toman en ello parte activa, desde luego, no sólo el fenómeno fonológico, sino también el barbarismo, el solecismo, el pleonismo, en fin; pero a la vez es raro el neologismo. Nuestro campesino alterará las voces, emitirá giros peculiares, invertirá a ratos los términos de la oración; eso sí, no introduce sinónimos en sustitución de las primeras, no pone amaneramiento en los segundos y en la última no llega a lo alambicado. Sigue a su modo el curso natural de la lengua, contribuyendo él también, ¿por qué no?, a la transformación en que de continuo se halla en el vasto crisol humano, al igual de los demás idiomas del mundo. El poeta, por otra parte, contra lo que habrían preferido los apegados a la casucha solariega, tampoco se aprovecha de su ingenio para imponer mediante su libro nóminas y nóminas, como contribución nacional al desbarajuste del habla española.

No quiero dar fin a mi lectura sin antes exponeros, en forma sucinta, que la más alta y viva expresión del espíritu en el hombre de nuestros campos se compendia en los ro-

mances que intitula *Mercado Leña* y *La Firmita*. En uno y otro, con habilidad y maestría, con la habilidad del tallista y con la maestría del dramático, encontramos el elemento activo de la república, en síntesis maravillosa. El mercader y el filósofo. Al primero le hemos visto en la plaza, en el redil, en la siembra, comprando, revendiendo, parangonando; al segundo, en el juzgado, en la escuela, en la junta, inquiriendo, demandando, estimulando: a ambos con argumentos irrefutables, argucias, desdén y gracia. *Masimino* y *Ñor José María*, al razonar el uno con detalles fríos pero contundentes su resistencia para dar una firma y al disparar el otro hasta el último cartucho por vender bien su leña, son, a mi ver, los héroes centrales de sus páginas. Los demás personajes muévense en torno suyo, aun cuando conservan su categoría de primeras figuras: el director de orquesta, los duelistas, el soldado, el curandero, el compadre, la novia, la viuda; mas éstos impresionan de modo distinto, por lo que tienen de momentáneo, de accidental, y aquéllos, por el contrario, accionan animados por las dos fuerzas que prevalecen en la tierra: el espíritu y el oro. Comprendo que la humanidad no se reduce a tal; sin embargo, en derredor de ambos extremos remolínanse deseos, necesidades, intereses, caprichos, atraídos por su imán. Siempre se busca al hombre de medios como al hombre de ideas, carezca o no aquél de espíritu y posea oro o no el segundo. Los dos resuelven en última instancia los problemas cotidianos, amparando, defendiendo, orientando, impartiendo consuelo...

Algo hay de irónico, deduzcámoslo de paso, en estos que podríamos llamar trámites terrestres, en relación con las necesidades de tántos y la holgura de que tan pocas gentes disfrutan. El propio Aquileo fue hombre, bien sabéis, que anduvo siempre entre inquietudes de aquella índole. Sin embargo, cuando a su vez se conoce el proceso cabal de

ciertas vidas, nos maravilla y entusiasmo, por lo que lleva en sí de compensación, la reverencia universal que se les rinde más tarde; la veneración a sus sombras luminosas, después de haber traspuesto los umbrales de lo desconocido, bajo los auspicios de la verdadera gloria.

Aquileo murió hace veintiséis años. Su espíritu, si es que los espíritus vuelven a la tierra en que moraron, ha de buscar todavía la casuca arrebujaada a la vera del camino, no distante del yurro que cuenta su interminable cuento de cristal; ha de holgarse junto a la era, en donde, bajo el sol perpendicular, charlan labradores y labriegas; ha de seguir por las noches la música triste de las vihuelas que aún imponen su pentagrama sobre la estridencia del siglo; y sentirá el deseo de irse con el compadre y de llamar al curandero y de escuchar a la madre desvalida y de reír con el cura al son de sus campanas.

Evoquémosle con unción en esta sala. Tal vez esté cerca de nosotros. Fué de los que llegaron a la cima que sólo alcanzan los elegidos; perteneció a los que lucen en la frente el laurel inmarcesible de la fama; está ahora con los que, por todo lo que han dado a la patria, brillan en la constelación de sus venerandos.

Y pensemos que aún nos resta por cumplir con dos deberes gratos, cuya efectividad no debiera dilatarse más: la edición correcta, depurada de gazapos de sus *Concherías*; y la construcción del monumento conmemorativo que aún los pueblos más pobres jamás han negado a sus hijos, cuya gloria comparten ante el mundo.

Dios ha de querer que nuestros ojos no se cierren sin antes ver la realización de ambos propósitos, en bien de la patria y del espíritu. ¡Salve, poeta!

MERCANDO LEÑA

—¡Hola, ñor José María!

Traiga la leña pa bela.

¿Cuánto cobra?

—Sinco pesos.

—¡Abe María gracia plena!

¡Los tres dulsísimos nombres!

—Deje la jesuseadera;

yo pido lo que yo quiero

y usted ofrese lo que ofresca,

que usted manija su plata

y yo manijo mi leña,

y no hemos de disgustalos

por cuestiones de pesetas.

Eso sí, quiero disirle

que repare en la carreta,

y que espí si está cargada

con consensia o sin consensia.

Si le cabe un palo más

me lo raja en la cabeza.

Yo soy un hombre legal,

feo desilo; pero bea,

a yo naide me asariao

hasta l'ora por mi leña.

Esta es quisarrá amariyo,

laurel y madera negra:

de jierro pa consumise,

y pa prendese de yesca.

Con una leñita asina

se lusen las cosineras.

—Sí, pero está muy menuda;

tres pesos le doy por ella.

—Por cuatro se la baseo.

—Si quiere los tres, baséla.

—Se la pongo en tres con seis,
nada más que pa que bea
que yo sí quiero tratar.

—No mejoro la propuesta.

Acuérdese q'ús berano
y que anda dunda la leña.

¿Sabe en cuánto compró dos
carretadas ña Manuela,

la mujer que vive ayí
onde está echada la perra?

¡En sinco pesos!

—¡Caramba!

De fijo que era de serca.

¿Tal vez jocote o güitite?

—¡Que va pa güitite!... Buena:
juaquiñiquil y targuá...

—Puede ser que asina sea.

Mas volviendo a nuestro trato
se la largo en tres cuarenta.

—Los tres pesos que le dije.

—Arrímeles la peseta
y tratamos:

—Ni un sentavo.

—¿Dónde le boto la leña?

—¡Abrite el portón, Jacinta!

—¡Está con yabe, ña Chepa!

—Aspérese, boy abrile.

—¡Guí! ¡Güey biejo sinvergüensa!

¡Confisgao tan pachorrudo!

Guí, guí. ¡Jesa, jesa, jesa!

—Entrela en brasaos pequeños
pa librar la chayotera.

Coja por este saguán
y d'íay crusa a la derecha,
y en el rincón de l'esquina
me l'acomoda en estebas
de modo que deje paso
al común.

—¿ Sí? ¿ De deberas?

¿ Con que quiere de remache
que le meta yo la leña,
y que d'íay se la acomode,
y que ha de ser de manera
que dé paso a la letrina?

Dígame, señora Chepa:

¿ no le gusta más pelada
y olorosa a yerbagüena,
y con lasos en las puntas,
y aspergiada de canela,
y que además le regale
como a moda de una feria,
el chonete, los güeisillos,
los calsones, la carreta,
y este chuso, y esta faja,
y a la sonta de miagüela?

—¡ Qué hambresíyo tan malcriao!

¡ Cargue pronto con su leña!...

—¡ No! ¡ Si la boy a dejar
pa que la queme de muestra!...

¡ Que me alse el Patas el día
que güelba a tratar con biejas!

LA FIRMITA
EN PROPAGANDA POLITICA

—Mirá, por bida tuyita,
no fregués, que no é de dála,
así me la pida el Rey
o el mismisísimo Papa.
—Pero, hombré, reflesioná.
¿No sos hijo de esta patria?
¿Onde demonios nasiste?
¿Onde nasieron tus tatas?
—¡Aquí!... también mis agüelos
y sus padres y sus mamas,
y las mamas y los padres
de sus tatararatátas;
y hasta Adán si bos querés,
pero no la doy, ¡carasta!
—¿Bos sos hombre, Masimino?
o desí lo que te falta.
¿No echamos todos la firma?
¡Por qué no habís bos de echála!
—Por que no quiero, ¿entendés?
porque no me da la gana.
Bos bien sabés que a los perros
una sola vez los capan.
En tiempos de don Rafel
yegaron dos palanganas,
me trujeron unas hojas
y me dieron unas cartas
de fulano y perengano,
de sutanejo y sutana.
“Usté que es hombre patriota,
usté que es persona franca,

usté que todos lo quieren,
usté que todos lo alaban,
usté que tal y cual cosa,
usté que tántas y tántos,
y que ha sido mayordomo
y tesorero de fábrica,
y alcalde un chorro de beses
y Juez de Paz de Pacaca...”,
y seguían catorse eséteras,
hasta llamame palanca,
¿Pos sabés tras qué binieron
con su puño de alabansias?...
¡Adiviná, si sos hombre!
No era tras yo, tras la casa
pa Clu. ¿Qué salí ganando?...
Como mil pesos en plata,
un chorro de bidrios menos,
como tres mesas quebradas;
y a ocho bancas que presté
n'ué buelto a beles la cara;
y no cuento potrerajes
de las bestias que me echaban,
ni las jumas que ponía,
ni las gomas que quitaba.
Y usté hase biajes a Heredia,
y usté sale a Santa Bárbara,
y usté se las manda abrir
al Barrial o a la Pitaya:
ya pa l'Alajuela o l'Uruca
o a la punta de la trampa.
Y usté aguante malos modos,
y usté aguante pachotadas
de todos los sebilistas,
¡qu'eran la gente malcriada!

Aquí te pongo un letrado,
allí te pinta una cara
con dos orejas de burro
y abajo su malacriansa.
Ya te desían "tal por cual",
cuando no te la mentaban.
Hasta el Cura, con ser Cura,
con indirectas andaba.
Pos bueno, pasó la cosa;
se salieron con sus ganas,
y otra vez los encajaron
a don Rafel en las ancas.
Unque bebiendo castor,
le dimos a Dios las gracias
de que pusiera remedio
a tantísimas jodarrías.
Yo dije, ¡ya descansamos!
Pos mirá lo que faltaba:
yegaron dos polesías,
me registraron la casa,
y no dejaron ni un cofre
sin lebantale la tapa;
ya andaban en los armarios,
ya debajo de las camas;
ispiaron en la letrina,
me desnudaron la Santa,
y si no es que la Jelipa,
con el chingo, se les para,
quién sabe si no se atreben
a lebantále las naguas.
Así que se dieron gusto,
y me quitaron en plata
como onse onsas y un billete
que tenía de Nicaragua,

me llebaron al Cuartel,
m'iatoyaron a una sala
onde había dose mancuernas
de endibidos de mi causa.
Después de hasélos jurar
y dálos unas trapiadas,
en que pusieron cual chuicas
agüelos, padres y mamas,
los preguntaron el sitio
onde teníamos las armas.
Todos contestamos: “¿Cuáles?...”
Hombré, por poco los matan:
sacaron a medio patio
ocho soldaos y una banca,
y ba de boltiar cristianos,
y ba de boláles bara.
Y todo el que iban alsando
su poso de miaso dejaba.
No creás qu'es por alabame,
¡si vos me bieras las nalgas!...
“A mí no me andés con cuentos,
¿desime onde están las armas?
o te ajusilo, ¡canastos!”
el cabo los preguntaba.
Yo me ponía helao de l'ira,
y los óidos me sonaban;
pero como no podía,
así amarrao como estaba
agarralo del pescueso,
o estrangulale la pansa,
me conformé con disile,
una vez, ¡mirá qué rabia!

“¿Quiere saber onde están?...
pregúnteselo a su mama”.
¿Habís visto el Día del Juicio?
Pos yo lo bide ¡carástas!
Con solo eseisión de tiros
cuanto tenían me tiraban:
andube sobre las mesas,
andube bajo las bancas;
ya me daban con las manos,
ya me arriaban con las patas.
Hasta que me fuí de mí
me llevaron a la sala.
Estube como tres días
sin sentidos y sin habla.
Cuando me recuperé
tenía esta mano quebrada,
y esta nube en el izquierdo,
y esta pelota en la pata,
y me faltaban los dientes
que no tengo en las quijadas.
Y estube sin ver un puro
lo menos cuatro semanas;
y sin mascar una cuecha,
¡quién sabe cuánto, caramba!
Lo que era la comidiya
l’asian una sarabanda
con la pura bayoneta,
ia boltiaban y boltiaban,
y se comían lo mejor,
y el chilate los mandaban,
y los ponían por pretesto
que buscaban unas cartas.

¿Cartas en la sopa? ¡Chanchos!

En el infierno se l'aigan.

Apenas los dieron suelta,
me arrebataron tersianas,
y estube cuasi tres meses,
de día de por medio en cama.

Un sinco, con ser un sinco,
por mi bida naide daba,
Si nu'es don Juan, que en la gloria
lo tenga Dios, no contara
a l'ora de ora este cuento.

—¡Ese era dautor, carachas!

—¿Querés que te hable más claro?

—Tenés razón y te basta:
no se la dés ni al Obispo.

—Hombré, pos había de dásela.

Si hubiera guerra, se entiende,
que allí todos defendemos
o se bebe o se derrama,
familia cercos y casas;
pero entre los mismos hombres
no le miro yo la grasía.

Dejémole a los que saben
y se han quemao las pestañas,
un día con otro en l'escuela,
noche, tras noche en la casa,
que busquen entr'ellos quien
mande, si bien los manda;
y que carguen con sus cluses,
con sus hojas y parrandas.

Y si los'otros queremos
de deberas a la patria,

escribamos con el sacho,
 discursiemos con la pala,
 porque el día que los metamos
 nosotros a legislala,
 se muere di'hambre la gente:
 la lebuda y la descalsa.

.....

A mí pídamen la bida,
 pero la firma... ¡Mirála!...

BIBLIOGRAFIA

Concherías.—Aquileo J. Echeverría.—*María v. de Linares.* 1927.

Aquileo Echeverría.—Rubén Darío.—Prólogo.

Al que leyere.—Antonio Zambrana.

Concherías.—Roberto Brenes Mesén.

Aquileo J. Echeverría.—Angela Baldares.

Aquileo.—Alejandro Alvarado Quirós.

Libro de recortes de prensa.—Perteneiente a la familia.

AQUILEO J. ECHEVERRIA

n. San José, C. R., 22-III-1866

m. Barcelona, Esp. 11-III-1909

Cursó la segunda enseñanza en el Instituto Nacional. Con motivo de la campaña militar del 85, pasó a Nicaragua en donde fué edecán del Presidente Cárdenas. Vuelto a la patria, dirigió *Bocaccio* y ejerció diversas actividades en el campo periodístico. En Guatemala vivió de dos a tres años. Fué Oficial Mayor de nuestro Congreso. Casó más tarde en Heredia con la señorita María Dolores Flores y fueron sus hijos Claudia, Gonzalo e Isabel. Desempeñó el cargo de bibliotecario en aquella ciudad. Luego pasó a España, en viaje de salud, en donde falleció. Sus restos fueron traídos al país en 1915.